

libelos se arrojaban las opuestas huestes, con escándalo de la piedad y con mengua del decoro. La Inquisición tuvo que recoger la información en derecho del famoso leguleyo Cueva y Silva, y en todos que reprimir excesos, respetando á nuestro autor, sobre quien sin cesar llovían enhorabuena. Las de la catedral de Toledo y Sevilla, de muchos prelados y de hombres de virtud y ciencia, animáronle á escribir una reverente y elegante epístola á su santidad, que al fin vino á restituir al *hijo del trueno*, grito de nuestras batallas, en la posesión en que estuvo por espacio de once siglos (1).

Tanto aplauso y nombradía, la censura contra las depravadas costumbres que encerraban los discursos impresos en Zaragoza, y lo que podía entreverse contra el valimiento del conde-duque de Olivares (ya tocaba el reino que los primeros actos del favorito no fueron castigos de crímenes, sino escalones para cometerlos más grandes), exasperaron de nuevo la malevolencia de los envidiosos. Hallaban los aduladores grave desacato contra la majestad real en haber DON FRANCISCO constituido á los ministros del supremo consejo de Castilla tutores de la ley en el hecho de dirigirles el *Memorial por el patronato de Santiago*, y en el de entregar todo esto á la estampa. Añadían que propendía la *Política de Dios y gobierno de Cristo* (á pesar de la fecha atrasada de su dedicatoria) á decir mal del gobierno presente; y procuraron infundir recelos en el favorito de que la pluma del satírico no permanecería muda en el hambre y desorden general que ocasionaba la mala administración de la monarquía. Echando mano de aquellos pretextos, desterró el valido á la Torre al señor de Juan Abad, y allí estuvo preso desde abril hasta que se le mandó tornar á la corte en 29 de diciembre de 1628 (2). El encierro no quebrantaba su entereza, y con el arrojo y libertad que le inflamaron siempre dirigió á Felipe IV un largo y valiente memorial insistiendo en la defensa de Santiago y haciendo la suya propia contra todos sus adversarios. Pedia licencia para la impresión, y por no echar más leña al fuego no le fué concedida.

Otro discurso elevó al Rey, que tenía por título *Lince de Italia á Zahorí español*: papel de gran mérito, rico en experiencia y doctrina, advirtiéndole al Monarca el riesgo de estrechar amistades con el duque de Saboya, y de asociarse con él para una empresa cuya inmoralidad vino á descubrir el tiempo. Una persecución tan injustificable había de subir de punto y hacer más temible al escritor político. Despiqué de ella fué el *Discurso de todos los diablos, ó Infierno enmendado* (*El Entremetido, la Dueña y el Soplón*), donde llevan la parte peor cuantos dirigen á los príncipes, y cuantos prostituyen el hermoso cargo de repartir la justicia, hija del cielo, sosten y felicidad de la tierra.

Cesaron las vejaciones, y Olivares trató de ganarse la voluntad de QUEVEDO. Quien se muestra invencible roca á las dádivas, á las amenazas y á las persecuciones, suele rendirse á un halago, á una excitación delicada, á un trato abierto y franco: artificios de que echa mano la refinada astucia; no hay fortaleza imposible de entrar utilizando diestramente el arte, la sazón y los pertrechos. Por otra parte, el escarmiento no hace más avisados á los hombres: á semejanza de las aves, que caen en las mismas redes en que ven aprisionadas sus compañeras. ¿Qué extraño que el favorito lograra su propósito? El primer juicio y el primer movimiento en QUEVEDO fueron siempre generosos. Respondiendo, como era de esperar, á los intentos del Conde-Duque, escribió en Huesca y publicó en Zaragoza una ardiente defensa del Príncipe y de su valido cuando el arbitrio de las minas y la baja de la moneda encendieron las recriminaciones del vulgo contra el mal gobierno de la monarquía. Lleva por nombre *El chiton de las tarabillas, obra del licenciado Todo-se-sabe. A vuestra merced, que tira la piedra y esconde la mano*. La casa de Olivares estuvo desde entonces franca para él á todas horas; el Rey, encareciendo sus servicios, fidelidad y calidades, le honró con título de su secretario á 17 de marzo de 1632. Hizole además el Conde-Duque repetidas instancias para que entrara en el despacho de los negocios y papeles más importantes del reino; pero no fué posible se prestase á echar sobre sí tan grave carga. Ofreciéronsele otros puestos, y no los admitió tampoco; díjosele que su majestad tenía resuelto proveer en él la embajada de la república de Génova, y significó no le era posible aceptarla (3). ¿Desdeñaría unir su suerte con la del favo-

(1) Tarsia, pág. 32.

(2) Tarsia, pág. 94.

(3) Tarsia, páginas 94 y 95. — «En su corazón no tuvo enemigos, ni deseo de vengarse de ellos, aunque tuvo tantos contra su persona y reputación: conócese esto en que

aceptando algunos puestos que le fueron ofrecidos, pudiera hacerlo con mucha seguridad. Estuvo tan lejos de ejecutar este dictamen, que no solamente no buscó puestos, ni ocasión para lo dicho, sino que no los quiso.» (Don Pedro Al-drete, en el prólogo á *Las tres últimas musas*.)

rito, cuyas infames artes para engañar al Rey eran escándalo del mundo? ¿Miraría vacilar á las execraciones de un pueblo hambriento, oprimido y exhausto? Como Ulloa, ¿diría tal vez:

Yo no quiero ser nada sin ser mío?

Todo fué así. DON FRANCISCO aceptó únicamente las ocasiones de lucir su ingenio y de asistir al lado de su príncipe. Y cuando la adulación ponderaba la generosidad del valido para censurar la independencia del caballero, acordándose este de su cojera y de la interesante correspondencia de la vida humana, rompió de repente con este apológico soneto:

El ciego lleva á cuestas al tullido:
Dígola maña, y caridad la niego;
Pues en ojos los pies le paga al ciego
El cojo, solo para sí impedido.
El mundo en estos dos está entendido,
Si á discurrir en sus astucias llego;
Pues yo te asisto á tí por tu talego,
Tú en lo que sé, cobrar de mí has querido.
Si tú me das los pies, te doy los ojos.
Todo este mundo es truco interesado,
Y despojos se cambian por despojos.
Ciegos, con todos hablo escarmentado.
Pues unos somos ciegos y otros cojos,
Ande el pié con el ojo, remendado.

Excitado á escribir de pronto, juntamente con don Antonio de Mendoza, una comedia para obsequiar á los reyes la noche de San Juan de 1631, parece que hizo prodigios. Dispuso la fiesta el conde-duque de Olivares en unos jardines vecinos del Prado, sumamente frescos y deleitosos (1). Bosques llenos de oscuridad, enramadas cubiertas de infinitas luces y colores, donde resonaban apacibles músicas, teatros, grutas y peregrinos apartamientos, exhalando aromas y esencias, amenizaron el recinto. Hubo comedia de Lope de Vega, jácaras y cantados bailes del famoso toledano Luis Quiñones de Benavente; disfraces para los monarcas y cortejo de damas, opípara cena y triunfal paseo por la corte.

Rompió con guitarras el teatro, según costumbre inmemorial, y la compañía de Vallejo representó la comedia de Mendoza y de QUEVEDO, improvisada pocos días antes con el nombre de *Quien más miente medra más* (2). La cual (perdida en este siglo, lastimosamente para las letras) sospecho que no debía concluir con el vulgar desenlace de casamiento; pero si estar, en cambio, muy bien salpimentada de epigramas y pullas contra el matrimonio, á las que dió el teatro el bulto y vida que presta á todas las cosas. Esecandalizadas con tan perniciosa doctrina, fatal al sexo hermoso, las damas de palacio, se conjuraron para vengarse de QUEVEDO, casándole. Dispusieron también al vivo su comedia; hicieron caso de honra vencer, y no hubo artificio de que su imaginación traviesa y pronta no se valiese por aprisionar al célibe de cincuenta y dos años. Este exclamaba:

¡Tristes de nosotros,
Dichosos de aquellos
Que el mundo alcanzaron
En su nacimiento!
De la edad de el oro
Gozaron sus cuerpos;
Pasó la de plata,
Pasó la de hierro,
Y para nosotros
Vino la de cuerno,

Rica de ganados
Y Diegos Morenos.
Yo, que he conocido
De este siglo el juego,
Para mí me vivo,
Para mí me bebo...
Dicen que me case;
Digo que no quiero;
Y que por lamerme
He de ser buey suelto.

(1) Eran los del conde de Monterey, cuñado de Olivares, y los del duque de Maqueda, entre la carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá, donde estuvo la iglesia y casa de San Fermín. Ocupaban el teatro y el palenque para algunos caballeros embozados, entre los que se halló QUEVEDO

(pues no consintieron sino damas á la fiesta), los mismos sitios que ocupan hoy las oficinas donde se ha impreso y aderezado el presente libro.

(2) «Poblada de las agudezas y galanterías cortesanías de DON FRANCISCO, cuyo ingenio es tan aventajado, singular y

Defendíase con sumo valor y sagacidad la dureza del caballero, y parece hubieron de traer en su apoyo las amazonas algún marido pacífico y mollar para que apretase la batalla; pero le desconcertó QUEVEDO con los terribles fuegos de la *Sátira del matrimonio* :

Dime : ¿por qué con modo tan extraño
Procuras mi deshonra y desventura
Tratando, fiero, de casarme hogaño?
Antes para mi entierro venga el cura
Que para desposarme; ántes me velen
Por vecino á la muerte y sepultura...
Eso de casamientos, á los bobos
Y á los que en tí no están escarmentados,
Simples corderos, que degüellan lobos.
A los hombres que están desesperados
Cásalos, en lugar de darles sogas;
Morirán poco ménos que ahorcados...

Echó el nuevo adalid en rostro á QUEVEDO su mala fama, y dióle por causa su aversion al matrimonio; pero aun de aquí tomó pié nuestro hidalgo para huir todavía más la nupcial coyunda :

Mas, pues que de mis mañas te informaron,
De mis costumbres y de mis empleos,
Y un bruto en mí y un monstro dibujaron;
Pues que por casos bárbaros y feos
Te dijeron mi vida caminaba
Al suplicio derecha sin rodeos;
Que en toda la ciudad se murmuraba
Mi disimulacion y alevosía,
Y que pérfido el mundo me llamaba;
Que no se vió la desvergüenza mía
En alguacil alguno ni en corchete;
Que nadie sus espaldas me confia;
Que he trocado en el casco mi bonete,

El *vade-mecum* todo en la penosa,
Y del año lo más paso en el brete;—
Pues si esto te dijeron, ¿cuál esposa
Querrá admitir marido semejante,
Si su muerte no busca mariposa?
Ponla tantos defectos por delante;
Díla, en fin, que yo soy un desalmado
Engerto en sotanilla de estudiante;
Y aunque hijo de padre muy honrado
Y de madre santísima y discreta,
Dirás que me ha traído mi pecado
A desventura tal, que soy poeta.

Viendo la condesa-duquesa de Olivares doña Ines de Zúñiga tan revuelto el campo, embrazó el montante, cortó por lo sano, y al venenoso poeta le señaló como en burlas, para doblar su cuello á la gamella santa, un muy estrecho plazo. Brindóse á buscarle novia, dejando enteramente á su arbitrio señalar las calidades y prendas que habian de adornarla y enriquecerla. «Yo, señora, no soy otra cosa (respondió el poeta marrullero) sino lo que el Conde mi señor ha hecho en mí; lo que ántes era me tenia sin crédito. Siempre, sin embargo, fui bien nacido, señor de mi casa en la montaña, hijo de padres que me honran con su memoria, aunque yo los mortifico con la mia. Los que me quieren mal me llaman cojo, siendo así que lo parezco por descuido, y soy entre cojo y reverencias: un cojo de apuesta, si es cojo ó no es cojo.

«Ahora diré cómo quiero que sea la mujer que Dios me diere en suerte. Noble, virtuosa y entendida; ni fea ni hermosa (entre ambos extremos, prefirióla hermosa, porque es mejor tener cuidado que miedo, y tener que guardar que de quien huir). Ni rica ni pobre, que ni ella me compre á mí ni yo á ella. La apetezco alegre, que en lo cotidiano y en lo propio no nos faltará tristeza á los dos. No la quiero niña ni vieja, que son cuna ó ataud, porque ya se me han olvidado los arullos y aun no he aprendido los responsos. Daría infinitas gracias á Dios si fuese sorda y tartamuda. Pero despues de todo, estimaré en mucho la mujer tal como la deseo, y sabré sufrir la que fuere como yo la merezco. Bien podré ser casado sin dicha, pero no mal casado.»

Entre tanto los amigos deseaban la boda, y los enemigos tambien. Estos para que con obras

conocido en el mundo. En muchas comedias de las ordinarias no se vieron tantos sazonados chistes juntos como en esta sola: que en la agudeza del autor un solo día de ocupacion fué sobrado campo para todo. (Relacion antigua de

la fiesta, publicada entre los apéndices del *Tratado histórico sobre el origen y progresos de la comedia*, por don Casiano Pellicer.)

desacreditase el escritor sus palabras; aquellos para que diese un buen ejemplo al mundo y gozase los verdaderos encantos del amor en el puro cariño de una esposa. Oyó el duque de Medinaceli (1) las condiciones que el vate señalaba, y le trajeron á la memoria un alto sugeto, diamante olvidado en los campos que fertiliza el Jalon, como está olvidada la gota de rocío en el cáliz de una azucena. Puso entónces la mira en llevarse el lauro de domar al solteron rebelde; y cuando este salió acompañando al Rey en la jornada de Cataluña, por abril de 1632, recibió encargo de visitar, á nombre del Duque, á la virtuosa y modesta señora de Cetina, doña Esperanza de Aragon y la Cabra, unida en parentesco por su grande calidad á la mayor nobleza aragonesa y castellana (2).

En la visita quedó cautivo el caballero, y el Duque se jactó siempre de no haber podido hacer más en obsequio de quien estimaba tanto, que granjearle por mujer una tan principal y hermosa dama (3). Debieron por el otoño del año siguiente celebrarse las bodas, viviendo juntos ocho meses los desposados en el albergue rústico de Cetina. Pleitos que trajo consigo la dote de doña Esperanza exigian la presencia de QUEVEDO en Madrid, y tuvo que abandonar tan dulce compañía por abril de 1634. En seguida graves asuntos llevóle, declinando ya el estío, á la Torre de Juan Abad, cuyo señorío se le disputaba sañudamente, y allí vino á recibir la amarga y no esperada nueva de la muerte de su esposa: golpe que desgarró su corazon, porque decia que no esperaba hallar otra Esperanza (4).

Sus duras y amargas invectivas contra el matrimonio publicaban no comprender QUEVEDO qué tesoro de felicidad encierra el cariño de una esposa, ni cómo la mujer propia levanta y engrandece al hombre. Malogró en su juventud lozana la sazon de hallar esa hermosa mitad que comparte con nosotros las penas y los placeres; y cuando cercano al sepulcro se hacia más viva la necesidad de una dulce compañera, y la halló prudente, virtuosa, perfecta,—tocar la dicha y desaparecer como sombra, para QUEVEDO fué todo uno: como si hubiera querido el cielo castigarle, dándole el desengaño á la par que el arrepentimiento, y haciéndole gustar la copa del placer y de la felicidad para arrebatársela luego al punto y para siempre de sus labios.

Los enemigos de QUEVEDO, que tuvieron la desatencion de obsequiar á la recién casada enviándole un soneto que comienza

Si no sabeis, señora de Cetina...

trataron de extender la calumnia de haber don FRANCISCO padecido en su matrimonio todos los riesgos, males y sinsabores que su malignidad recelaba, pagando en poco tiempo mucha pena; pero lo inverosímil, absurdo é inicu de la misma voz la desvaneció al instante con mengua de sus indignos autores (5).

(1) Don Juan Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, marques de Cogolludo, conde de la ciudad y gran puerto de Santa María, marqués de Alcalá, fué tan sabio como valiente, magnánimo y generoso. Llamábanle el César de su tiempo. Gran teólogo y escriturario, amó todo género de erudicion y á los hombres señalados por su ciencia y virtud. En el vireinato y capitania general del reino de Valencia adquirió renombre de moderado y justo; y en el puesto de capitán general del mar Océano y costa de Andalucía, se mostró sagaz ministro y cumplido caballero.

(2) Hermana de don Bernardo de la Cabra y Aragon, obispo de Balbastro; del padre Juan de la Cabra y Aragon, de la Compañía de Jesus; y de don Francisco de la Cabra y Aragon, caballero del orden de Santiago, que casó con la sobrina del cardenal Zapata, hija del conde de Barajas. Con esta señora vivió don FRANCISCO DE QUEVEDO, aunque poco tiempo, tan conforme, que solo en sus nobles prendas halló desquite de las adversidades que habia padecido. *Dejó con haber tomado estado ochocientos ducados de renta que gozaba por la Iglesia con caballerato*. Dispuso naturaleza con bien ordenada alusion que como la fecundidad de sus padres fué única en la sucesion varonil, así don FRANCISCO no la tuviese, porque quedase singular, pues en el ingenio lo era. (Tarsia, pág. 109.)

(3) Cartas familiares del duque de Medinaceli no publicadas.

casadas todavia.—Tarsia fija el casamiento de QUEVEDO en el año de 1634; pero como aparezca de aquellas que don FRANCISCO permaneció en la corte desde fines de abril hasta principios de setiembre, y su mujer en Cetina, resulta que cuatro de los ocho meses que vivieron juntos en este pueblo corresponden al año de 1633.

(4) Tarsia, páginas 410 y 411.

(5) Tarsia, páginas 112 y siguientes.—Nuestro terenciano Breton de los Herreros, en su hermosa comedia titulada *¿Quién es ella?* donde la figura de QUEVEDO no es indigna del original, ha respondido á la calumnia, aun despues de muerta, con estos lozanos versos ajustados cuerdamente á las palabras del biógrafo Tarsia:

REY.

¿Por qué teneis tanto miedo,
Por qué tan mala opinion
De la mujer?—¡Ah!... ¡Chiton!
Casado fuisteis, Quevedo.

QUEVEDO.

Permitidme repeler
Ese punzante epigrama,
Que mi esposa fué muy dama
Y muy honrada mujer.

REY.

Lo sé.

Hasta aquí han venido atropellándose los acontecimientos sin darnos lugar para decir algo de escaramuzas literarias, áspero silicio y fiero azote con que unos á otros los escritores se atormentan. Góngora y QUEVEDO fueron siempre rivales: ambos escribían letrillas satíricas, y el último habíase erigido en paladin de la entereza y buen lustre de la hermosa lengua castellana, lastimada groseramente por los disparates y locuras del poeta de Córdoba. Echaba este en rostro á su adversario que dormía en español y soñaba en griego; burlábase de su *Anacreonte*, motejábale de malos piés y malos ojos, reíase de la cruz roja de su pecho y de sus peregrinaciones, y en fin, zaheríale de borracho, de pedante gofo, de muy crítico y muy lego, y otras lindezas semejantes (1). No se mordía los labios el vate madrileño, y una vez en el fango de las personalidades, arrojábase á decir á su émulo:

Yo te untaré mis versos con tocino,
Porque no me los roas, Gongorilla...

Góngora, olvidando la excelente máxima de que los buenos escritores han de querer ántes agradar á los buenos que á los muchos, vió con prava emulacion los aplausos que arrancaban las poesías de su paisano don Luis Carrillo de Sotomayor, imitador afectado de algunos italianos modernos, y ambicioso de ganar renombre por desusados caminos. En el sepulcro de este celebrado mancebo resolvió Góngora alejarse del antiguo estilo ameno, liso y claro que solía usar con excelencia en las materias menores, y emprender argumentos más graves, despojándolos por otras nuevas de las virtudes y gracias con que se engalanaron siempre. Mas haciéndose jefe de una secta de poesía confusa, ciega y enigmática, perdióse en busca de regiones desconocidas y maravillosas; huyó la claridad, y oscurecióse tanto, que espantaba, no solo al vulgo profano, sino á los más doctos y perspicaces ingenios. Con bárbaras trasposiciones descoyuntó la castellana lengua; de señora la hizo esclava, pretendiendo comenzase á tartamudear como si fuese niña; por extrañar y hacer más levantado el estilo, trajo del latín y de otros idiomas infinitos vocablos, despreciando la propia hermosa mujer por la ramera astuta; mezcló sin la debida templanza lo sublime y lo grotesco; abusó de las metáforas, y vino á caer en bajezas tales, como decir que la camuesa pierde el color amarillo *en tomando el acero del cuchillo*, y que el arroyo *rebosa los mismos autos de sus cristales*, y que las islas son *paréntesis frondosos al período de su corriente*, etc. La aparición de la primera de las *Soledades* en 1613 fué la piedra de escándalo que exasperó á los hombres de buen gusto, y que á los maleantes y mordicantes hizo disparar una granizada de sátiras contra los versistas lechuzas y babilones. Desde allí se dividieron los poetas en las dos huestes de *cultos* y de *patos del aguachirle castellana*. Don Luis consultó la opinión de Pedro de Valencia, y le fué contraria. No se desanimó por ello, porque el vulgo aplaudía frenético, y no desayudaban al encomio ilustres escritores; porque se levantaba á cada censura una ruidosa defensa, y porque veía dedicarse muchos acicalados ingenios á la improba y estéril faena de comentar aquellas sus intrincadas y desalmadas obras (2).

QUEVEDO.
A no serlo...
REY.
Advertid
Que es chanza.
QUEVEDO.
Muerto la hubiera
Como maté á la pantera
Que fué terror de Madrid.
Mas si en su justa alabanza
Mi fe nupcial se acrisola,
Ella al fin era una sola...
¡Y se llamaba *Esperanza!*
Muerta la *Esperanza* mía,
¿Dónde, plebeya ni hidalga,
Dónde hallar otra que valga
Lo que mi esposa valia?

(1) De Góngora contra QUEVEDO existen los sonetos que comienzan:

Anacreonte español, no hay quien os tope...
Con poca luz y menos disciplina...
La aurora de azahares coronada...
Restituye á tu mudo horror divino...

y el romance.

Aunque entiendo poco griego,
En mis gregüescos he hallado...
Cuando á DON FRANCISCO se hizo merced de hábito en la orden de Santiago, entrando en corro con los envidiosos don Luis, escribió el soneto que empieza:
Cierta poeta en forma peregrina...

(2) A los desmesurados elogios apologéticos del doctor don Francisco de Amaya, colegial en Osuna, y despues oidor en Valladolid, hacían coro el conde de Villamediana, el célebre abad de Rute don Francisco de Córdoba, el licenciado Pedro Diaz de Rivas y los más de los poetas y escritores cordobeses. Al sabio y juicioso Francisco de Cascales respondió don Francisco del Villar, juez de la cruzada en Andújar, y don Martin de Angulo y Pulgar, natural de Loja; al gran Lope de Vega, el docto licenciado Diego de Colmenares, autor de la *Historia de Segovia*; al famoso don Juan de Jáuregui una turba de escritorzueros baladies. Explicaron el laberinto de aquellas poesías Amaya, Diaz de Rivas, don José Pellicer de Salas y Tobar, don García de Salcedo Coronel, y Cristóbal de Salazar Mardones, oficial más antiguo de la secretaría de Sicilia

Es cosa impertinente
Que quien escribió ayer hoy se comente,

exclamaba QUEVEDO; y lo decía de perlas, resumiendo en dos versos la más atinada y justa crítica que era posible hacer de la flamante greguería. Vióla extenderse por toda España inficionando á legos y á letrados; vióla, autorizada por el Conde-Duque, medrar, crecer y abrasar la corte entera; vióla, en fin, amenazar de muerte á las letras, pervertir el ingenio, desfigurar la poesía, trastornar el habla comun, introducir una nueva incomprendible lengua, y dar con todo, artes, literatura y ciencias, en el profundo caos de una metafísica monstruosa, hija del delirio, de la vanidad y de la ignorancia. Entónces se justificó el refrán de que un loco hace ciento. Al espirar Góngora en 1627, tuvo la satisfaccion de que, despues de haberlo satirizado, le imitaron y le siguieron todos.

El *Discurso poético* del célebre traductor del *Aminta*, lleno de exquisitas y excelentes máximas y argumentos que desconcertaban el culteranismo, apénas tuvo lectores. Léjos de arredrarse, quiso tentar QUEVEDO la última prueba, echando mano de toda clase de remedios. Buscó en el polvo de las bibliotecas poesías que, por no haberse dado á la estampa, hubiesen de excitar en el público la curiosidad de ser leídas, y que por lo terso y elegante de la frase, por su perfeccion y belleza, y por la acertada y conveniente imitacion de los clásicos hebreos, griegos y latinos, venciesen, como el oro puesto en comparacion de la alquimia, la parlería fanfarrona y los versos de mal color de los desatentados modernos. Infructuosa no fué la diligencia: parecieron las magníficas poesías de fray Luis de Leon, las delicadas del bachiller Francisco de la Torre, nacido orillas del Jarama; las traducciones del maestro Francisco Sanchez de las Brozas, y alguna de don Juan de Almeida y Alonso de Espinosa, que, merced al tino del señor de Juan Abad, se salvaron para ornamento de las musas castellanas (1).

Ufano del hallazgo, puso estas obras, dechado de buen gusto, grande dición y hermoso estilo, en manos del conde-duque de Olivares y de su yerno el duque de Medina de las Torres, marqués de Toral, estimulándolos á hacer suya una empresa generosa. Abroquelada con ella la pluma valiente de QUEVEDO, conjuraba al privado á que amparase la integridad y decoro del castellano lenguaje, diciendo que oscurecer lo claro es borrar, y no escribir, y que nada era tan fácil como engañar la indocta plática y la vil plebe con la taravilla de la lengua, porque la gente ignorante y baja admira más lo que ménos entiende. Dió á la prensa no mucho despues sus *Discursos* y las *Poestas*, acompañando esta accion, digna de toda alabanza, con medicamentos desesperados de sátiras é invectivas que, léjos de remediar el mal, le empeoraron, envolviendo al desfacedor de entuertos en mil intrincados laberintos. Los poetas enyedrados, fontanos y floridos, y los auríferos, enjoyados y trilingües, tomaban el cielo con las manos al leer la *Aguja de navegar cultos*, con la receta para hacer *Soledades en un dia*; la *Burla de todo estilo afeciado*, *La culta latiniparla*, y cien papeles que disparaba el ingenioso y festivo caballero (2).

En muchas de aquellas sátiras veíase de cuerpo entero retratado el doctor Juan Perez de Montalban, discípulo predilecto de Lope y gran culterano, el cual, unido á otros cofrades de las tinieblas, por bajo de cuerda procuraba hacia mucho tiempo levantar la Inquisicion contra el escritor político y desenfadado (3). Quiso el doctor hipócritamente dar un testimonio público de

(1) No es de este sitio ni discurrir filosóficamente sobre la índole del culteranismo, ni destruir la peregrina opinion de que son uno mismo el bachiller Francisco de la Torre y el licenciado DON FRANCISCO DE QUEVEDO. A mediados del último siglo don Luis José Velazquez echó á volar esta especie con harta ligereza; sus dos amigos Luzan y Montiano la acogieron benévolos, y los extranjeros, que no pueden conocer á fondo la esencia de nuestro idioma, la siguen, llevados de la novedad. Apurarémos la cuestion hasta las seminimas en otra ocasion, y entónces se rastreará quién fué el bueno del bachiller, y cómo parece que tuvo por patria á Torrelaguna, donde nació el gran cardenal Cisneros, y donde yace el famoso poeta Juan de Mena.

(2) Nada hay nuevo debajo del sol. Aristófanes en la comedia intitulada *Las ranas* burlóse tambien del estilo que hace ruido y no se entiende, y es, por lo oscuro y turbio,

música del cieno. Conociendo que ello era debilidad de la naturaleza humana en todos los siglos, cantó acullá donosamente el entremés de *Los amantes á escuras*, que

Una de las locuras deste mundo
Es esta de querer hablar profundo.

A los que así escriben podían dirigirse las mismas razones de Favorino, filósofo, al jóven que pinta Aulo Gelio: «Tú no quieres que sepa ni entienda nadie lo que hablas; pues dime, necio, ¿no fuera mejor, para conseguirlo colmadamente, que callases?»

(3) Hé aquí las causas que le movian á ello. Montalban era hijo del librero Alonso Perez, quien, habiendo comprado á QUEVEDO la *Politica de Dios y gobierno de Cristo*, no quiso adquirir la propiedad del *Buscon*. Publicada en Zaragoza esta obra con singular aplauso, hizo de ella el lí-

natural moderado y sencillo, respondiendo á las malignas embozadas alusiones del señor de Juan Abad, con infinitas alabanzas en el *Para todos*, obra que imprimió en Huesca por los años de 1633. QUEVEDO entendió el juego, y escribió la *Perinola*, docta censura y fina sátira que no tiene rival en castellano, mal que le pese al *Bodoque* de Moret, y al *Prete Jacopin* del Condestable (1).

Empelazgáronse moros y paladines. Montalban, fray Diego Niseno, provincial de San Basilio, don Luis Pacheco de Narvaez y otros cuatro rabiosos émulos, que se daban ellos mismos el nombre de varones doctos, erigiéronse en *Tribunal de la justa venganza* contra los escritos de QUEVEDO, *maestro de errores, doctor en desvergüenzas, licenciado en bufonías, bachiller en suciedades, catedrático de vicios y protodiablo entre los hombres*. Prodigábasele, á más de estos epítetos, los de poeta bastardo, legítimo entremesista, autor de chanzas, apodos, matracas, romances y jácaras rufianescas, censor malicioso, y calumniador perpetuo de ajenas obras: no tuvo más títulos un emperador romano.

Formado proceso, en que Montalban hizo de fiscal, y de asesor el padre Niseno, se escudriñó la vida de DON FRANCISCO, estampando que en las universidades fué un pobre capigorrón y misero porcionista; que le aborreció Nápoles por haberse fingido privado del Virey, cuando solo fué entre familiar suyo y mozo de entretenimiento; que vendió las cosas que el duque de Osuna concedía de gracia, con lo que empobreció á muchos y vino cargado de dinero; que quiso alzarse con el señorío de la Torre de Juan Abad, tiranizando la libertad de sus moradores; y otras injurias no ménos atrevidas que estas. Decían que era su talle tan abominable y asqueroso «que en ambas cosas solo se excede á sí mismo, á cuya causa le llaman y es conocido por el *diablo cojuelo*, como también por el de *Patacoja y derrengado*». Motejábale de gloton y oficial insigne del trago, miserable y avariento; hombre que ni supo ni habló sino palabras de zaguanes y caballerizas, grande plagiario de conceptos ajenos; adulador y entremetido, enemigo de frailes, aprendiz y segunda parte del pintor ateaista Jerónimo Bosco. Los piadosos jueces, despues de indisponer á QUEVEDO con los estudiantes, letrados y poderosos, rogaban á la suprema Inquisición con la mayor eficacia, y á cada uno de sus ministros en particular, que hiciesen de él un terrible escarmiento, decretando su desastrosa cuanto merecida muerte en un patíbulo. De esto se compuso un libro: el diestro don Luis Pacheco dió traza de fingirlo escrito en Sevilla, ocultando el nombre de sus autores (2), y el Padre basilio proporcionó con todo secreto la impresion en Valencia, con aprobaciones del doctor Jaime Esquiedo, catedrático de aquella universidad, y del agustino fray Vicente Lanuza. Armas tan infames esgrimieron y tan alevoso despique imaginaron siete hombres de estudios, de edad madura y de profesion que pedia juicio y corazon indulgente (3). Mucho despues, habiendo rastreado en Segovia Adan de la Parra algo de los autores del libelo, puso en noticia de su ofendido amigo haber descubierto cosas que en llegando á Madrid habian de llenar de asombro. «Yo os excuso del trabajo (contestó QUEVEDO): hace tiempo que descubrí el gato en la gazapera con el queso entre los dientes, y á buena cuenta que llevó su merecido. Reparalde el chirlo de la oreja izquierda al reverendísimo Niseno; preguntalde qué vieja le besó en ella, que le dejó tan bien parado; y estoy cierto, Parra amigo, que os ha de contar una historia muy edificante. Por aquí veréis que aunque callo, obro; y que supe, á estilo de claustro, contestar á la *Justa venganza* (4).»

brero madrileño una edicion furtiva; pero descubierto por DON FRANCISCO el fraude, persigüeronle y castigáronle severamente los tribunales de justicia. El padre Niseno, abastecedor de sermones para todas las iglesias de España, Francia, Alemania é Italia, y que en el compaginar los discursos siguió las huellas de Hortensio Paravicino, hallábase unido á Montalban por vínculos de íntimo afecto. Hizo suyo el odio de este contra QUEVEDO, y ya en el Consejo, ya con el Ordinario, ya en la Inquisición, trabajó eficazmente desde el año 1626 para que no se concediesen licencias á DON FRANCISCO de imprimir sus obras, para que se prohibiesen, y para que á su autor ocasionasen graves disgustos.

Tan grande insistencia produjo el efecto que se apetecía. La Inquisición prohibió todas las obras de QUEVEDO impresas hasta 1631, mientras que el autor no las reformase. Reformólas en efecto, y la prohibición sirvió únicamente de hacerlas más populares y de que se vendiesen dos y más

veces, siendo en cada una de ellas nuevas y de mayor interés y curiosidad para el público.

(1) Cuando apareció se dijo que era *lo mejor que DON FRANCISCO habia hecho en su vida*. Véase el *Tribunal de la justa venganza*, pág. 2.

(2) No era para él arbitrio nuevo. Cuando Bartolomé Leonardo de Argensola escribió un soneto en Valladolid, por los años de 1604, contra la ridícula vanidad del arte de la esgrima, Pacheco en términos descorteses publicó cierta *Censura*, que supuso hecha en Sevilla, y lo fué en Madrid. (Pellicer, *Ensayo de una biblioteca de traductores*.)

(3) Este libro es de suma, indecible importancia para averiguar la autenticidad de las obras de QUEVEDO, puesto que hace, con el fin de desacreditarlas, catálogo de todas las que tenía nuestro autor echadas á volar impresas ó manuscritas hasta el año de 1633.

(4) A estas noticias sirva de complemento la siguiente

A quien uno se atrevé se atreven todos. El servil rebaño de escritorzuelos vergonzantes, de poetillas de primera tonsura, de ingenios chirles y ebenes, corrió al teatro á silbar estrepitosamente el entremes de *Caraquí me voy, Cara aquí me iré*; clamoreaba en las gradas de San Felipe y en la puerta de Guadalajara, y esparcía copias de las sátiras que lanzaron contra QUEVEDO en momentos de mal humor y queja, Lope, Góngora, Alarcon y don Francisco Lopez de Aguilar. Por supuesto que no se olvidó repartir de molde la insulsa y desatinada comedia de *El Retraído*,

carta de mi hermano: «... A vuela pluma te diré mi opinion sobre el *Para todos*, la *Perinola* y el *Tribunal de la justa venganza*: tres obras distintas que deben considerarse como otros tantos actos de un solo drama. Ignoro los motivos que pudieron indisponer á QUEVEDO y Montalban; pero debieron ser muy grandes cuando DON FRANCISCO, impulsado por el resentimiento, disparó contra el Doctor la *Perinola*, despreciando las alabanzas que le prodigaba este en el *Para todos*. A no ser así, aquel parecería ingrato é injusto, si no en lo que criticaba, en la manera de criticar. Y en efecto, no merecía tanta hiel quien se muestra fino apasionado del talento de su émulo.

«El *Para todos*, dice la *Perinola*, tiene apariencias de un coche de camino donde se juntan personas de condiciones diferentes. La comparacion es oportuna, como de QUEVEDO; propia, porque en el tal libro se barajan los asuntos físicos y morales, divinos y profanos; más exacta aun, y esto no lo quiso decir QUEVEDO, si se considera que también en un *omnibus* se reúnen el ignorante y el entendido. Verdaderamente en el *Para todos*, á vueltas de muchas necedades, de infinitos defectos, se encuentran cosas dignas de aprecio y de alabanza. No en vano formó Montalban parte de aquel séquito cortesano que rodeaba á Lope de Vega: la sombra de este grande hombre era luz que alumbraba á muchos ingenios. QUEVEDO no hizo el juicio crítico del *Para todos*; escribió una sátira saladisima, pero sin respetar lo inviolable de la persona, yéndose, como los cuervos, á la carne podrida. Montalban no tenía fondo suficiente para escribir una obra de importancia. Contaba con algunas comedias ya representadas y con algunas novelas aun no impresas; y llevado del interés, aprovechó estos elementos, embutiéndolos en un volumen: para combinarlos tuvo necesidad de forjar un argumento y rellenar los espacios. Hé aquí la ficción, poco nueva seguramente. Una familia ilustre, con ocasion de cierta buena ventura, se retira á su quinta, orillas del Manzanares, donde en union de varios ingenios celebra su contento por espacio de una semana con saraos, comedias y certámenes científicos. Oigamos á QUEVEDO: «Todo lo que hizo Dios en siete días, y vió que era bueno, él (Montalban) en siete días lo ha querido destruir y mostrar que era malo.» En efecto, lo doctrinal é histórico del *Para todos* es insoponible por lo vulgar, por lo indigesto de las citas. En fisica, geografia y astronomía, el autor corre muy por bajo de los conocimientos de su época. Si trata de asuntos eclesiásticos, de guerra, de artes, etc., limita su talento á relatar minuciosamente las jerarquias, utensilios, y zarandajas; y se relame el buen Doctor al hacer tan escribanil inventario. Y ¿qué diremos de los discursos de los brujos, magos, duendes, trasgos, encantadores, fantasmas, endemoniados y hechizados? Su lectura me parece el mejor medicamento contra la hipocondria.

«El *Para todos* es un monumento de lo depravados que estaban entónces el lenguaje y el ingenio humano con las locuras de los cultos. Abruman las metáforas, retruécanos, latinismos y hajezas: llámase al sol naciente *prólogo del libro de otro día*; al rocío *sudor bello del alba*, que bebe la *concha del mar*, formándose una *perla*. No hay palabras con que ponderar la exageracion y amaneramiento gongorino de las poesias. Las comedias merecen otra consideracion,

aun cuando no faltan en ellas trozos líricos impenetrables, acompañamiento y simetría, duos y tiroteo de galán y dama, hipérboles ridículas y comparaciones desatinadas. En cambio, el poeta alguna vez imita felizmente á Góngora y al mismo QUEVEDO, robando á este sus chistes y gracias cuando comprende que han de arrancar aplauso en el teatro. De estas composiciones dramáticas es excelente, como invencion, la de *No hay vida como la honra*, y muy apreciable *De un castigo dos venganzas*, rasgo demasiado libre, y en que tuvo que decir al público el autor, «que poco importa á nadie la liviandad de las damas si no son ni sus mujeres propias, ni sus parientas, ni sus allegadas». *El segundo Séneca de España* es un vestido de arlequin: retazos sobre retazos; por hilvan diálogos del príncipe don Carlos, don Juan de Austria y Santoyo; finalizando con el gran espectáculo de la llegada y recibimiento de la reina doña Ana. Sin embargo, en este drama se hallan rasgos como el siguiente: Rondando el príncipe don Carlos con su tío don Juan de Austria, trata de conocer á doña Leonor, amada de don Juan, y la solicita en términos poco decorosos:

DOÑA LEONOR.

Tengo un padre, cuya espada
Dió miedo al rey Almanzor,
Y un hermano que en valor
A ninguno debe nada.
Y aquí para entre los dos,
Bien sabe el señor don Juan
Que tengo también galán
Que es tan bueno como vos.

PRÍNCIPE.

¿Como yo?... Mientes, villana
Porque solo el Rey lo es.

DOÑA LEONOR.

A palabra tan cortés
Responderá la ventana. (*Cierra y váse.*)

«La más constante mujer tiene argumento y plan; pero este vale poco y aquel carece de novedad. Exigir del Doctor en sus comedias y en sus novelas ternura, delicadeza, afectos verdaderos, es pedir peras al olmo. Oye, Aureliano, que es cosa de gusto, lo que dice una dama á quien van á matar, mientras á su presencia cavan los asesinos la sepultura: «¿Qué pirámides ó qué columnas son las que se han de poner en mi sepulcro, como los antiguos hacían en los funerales de las personas ilustres? ¿Qué hogueras son las que me aguardan para que me conviertan en ceniza, como observaron los romanos, siendo Lucio Sila el primer inventor de esta ceremonia? ¿Qué pontífice ha de asistir á mis exequias, que se parezca al que introdujo Numa Pompilio? ¿Qué oracion fúnebre me espera, como la que hizo Valerio Publicola en la muerte de Bruto? ¿Qué juegos gladiatorios, como los que trazaron Marco y Decio para festejar su difunto padre? ¿Qué convite suntuoso para templar el dolor de los que me lloraran si lo supieran?» etc., etc. Montalban versificaba con facilidad, pero infelizmente. Parece que ni aun leía lo ya escrito. Sin embargo, no se descuidó en tomar del vecino lo que le hizo falta, y para la novela *El piadoso bandolero* hizo botín suyo la comedia de Alarcon de *El tejedor de Segovia*. A pesar de todo, haz por leer